



ANDUEZA PALACIO

Hé ahí el último : es la escoria del despotismo.
Éste no es un tirano, es un histrión.

Ha sido el total eclipse de la virtud, el vicio estúpido, la espantosa sombra, la deformidad hecha poder. Una inmensa carcajada de ebrio sonando en el seno de la historia. Andueza no es el monstruo, es la larva. Aquella inmensa larva que hacía la pesadilla de Lucrecio.

No es el crimen, es el vicio : *incredibilum Cupitor*. Hay hombres océanos, dijo Víctor Hugo. Hay hombres pantanos, diremos nosotros.

El océano tiene oleaje, majestad sublime, imponentes perspectivas, horizontes infinitos, murmullos y ruidos, tempestades y naufragios: la imponente movilidad de la grandeza...

El pantano sólo tiene el estancamiento, el lodo, los insectos, la fermentación, la podredumbre, los miasmas, el quietismo de la muerte!

Así hay hombres esforzados de ánimo viril, que tienen del océano la grandeza, la eterna agitación, y aman la lucha. Se les oye a distancia, como el mar; se les ve siempre en lo alto, como el cóndor; tienen inmensa fuerza, y se elevan en medio de la tormenta, se siente su aleteo formidable, y si declinan es con la majestad de un astro, y si caen es con la soberbia de una águila caudal.

En cambio hay otros, débiles, nulos, sensuales, incapaces de esfuerzo, inhábiles para lo grande, impotentes para la lucha; viven como dormidos en el fango, hartándose de lodo; tienen tendencias de insectos, y tranquilidad de topos. Son un temperamento de cerdo.

Á estos últimos pertenece Andueza Palacio.

Pueden haber existido déspotas más abominables, pero no ha habido ninguno más despreciable. Tratando de sondear aquel abismo de lodo, se siente con horror flotar la sonda: su bajeza no da fondo.

Fué sombríamente asqueroso.

Tuvo la glotonería de Vitelio, y los vicios de

Nerón. Confina por un lado con el cerdo, y por el otro con el mono; *corpore maculoso et foetio ventre et gula sibi ipsi hostias*, diría Tácito.

Fué un cuasi-hombre hecho tirano, como de un emperador dijo alguien.

Es en la Historia la proyección de algo oscuro y fétido, tiene del estercolero de Job, y de los arrabales de Nínive: es una llaga hecha hombre, un idiota que reina.

Su deformidad física se iguala á su deformidad moral; es el alma afeminada de un mancebo del bajo imperio, en las formas grotescas de un ídolo egipcio.

No se hizo casar, como Nerón con su liberto, pero colmó de dinero sus favoritos, y se paseó en coche con ellos en las calles de Caracas, como aquel otro en las de Roma entre Eporo, su eunuco, y Pitágoras, su esclavo. *Spintria*, le habría dicho Suetonio, si lo hubiera encontrado en el camino de la historia. La ley Sállica le habría prohibido reinar.

Era un loco á veces furioso, pero siempre monstruoso.

Sobre su cabeza se aglomeran y flotan los inmensos ensueños del delito.

No mandó asesinar á su madre, como el hijo de Agripina, pero la noche que velaban la suya muerta, se embriagó y jugó al dado con sus amigos en la pieza vecina, convirtiendo la casa mor-

tuoria en inmunda bacanal, y amaneciendo dormido ebrio sobre los fúnebres paños del catafalco. Á los doce días concurría al teatro, sin sombra de tristeza, y antes bien con su sonrisa estúpida, sobre su faz grotesca. Al mes daba un gran baile en su casa.

El amor de madre es un sentimiento demasiado grande para caber en una alma tan pequeña. Nido de sierpes no alimenta cóndores.

Andueza es despreciable por sus vicios, pero tuvo una sombría excusa para sus crímenes : era demente.

¡ Lúgubre irresponsabilidad de la demencia, que forma sobre aquella cabeza culpada un como pálido nimbo de inocencia !...

El idiotismo es la causa y la excusa de su despotismo.

Este pobre loco no fué á la dictadura, sino que lo llevaron.

Pasa por la historia arrastrándose, y llevado del ronزال.

Lo hicieron firmar, decir y ejecutar cosas horribles, de las cuales no se daba cuenta.

Su despotismo fue incoherente é inconsciente.

Tiranía de muchos, dominio de multitudes, reinado de cortesanos, gobierno de aúlicos llevará su nombre, y sin embargo, será en la historia un inmenso anónimo.

Fue llevado al despotismo por sus directores, y

arrojado á él temblando y pálido, como Claudio lanzado sobre el trono.

Su historia no es más que una palabra : *imbecilidad*. Despreciado, envilecido, olvidado, Rojas Paúl lo sacó de la sombra, para hacerlo presidente. Por eso su elección no mancha al país, que nada tuvo que hacer en ella. Lo aceptó con indiferencia, lo vio gobernar con desprecio, y al querer perpetuarse le hizo la guerra con valor.

Una vez en el poder *Mignon*, como lo llamaban sus amigos de francachela, se apoderaron de su débil criterio los que siempre lo habían dominado, hicieron que desterrara á Rojas Paúl, y, cuando llegó el día de entregar el mando, disolvieron el Congreso y lo hicieron firmar un manifiesto alzándose con el poder.

El país le contestó con la guerra.

Cuentan que cuando vio el manifiesto del Congreso declarándolo traidor, y la proclama del general Crespo llamando el país á las armas, pálido y tembloroso, lleno de pavor se echó á llorar.

Desde entonces estuvo como secuestrado en los salones de la *Casa Amarilla*, bajo la inmediata inspección de sus ministros y de los encargados de darle licor hasta dormirlo.

En tanto, el furor de la tormenta seguía afuera.

El sol de la república se había oscurecido.

El pálido horizonte se había hecho negro, se tornó en rojiza la nube amenazante, y la inmensa

tempestad de la guerra civil asordaba con ruido formidable los ámbitos de la patria.

Con el rumor de ronca marejada se sentían los ejércitos de libres, avanzar por los valles y los montes, dando al viento el pendón de la justicia y el clamor de sus pechos generosos.

La figura de Crespo se levantaba majestuosa y soberbia en las amplias llanuras orientales, y en medio de la sombra su espada producía fulguraciones de relámpagos que hacían clarear la densa oscuridad del horizonte.

Un día las dianas del ejército se hicieron oír en los alrededores de Caracas.

Los generales de la dictadura fueron llegando en tropel, desconcertados, llenando los salones del palacio presidencial. El viento de la derrota y de la deserción soplaba ya.

El demente dictador alzó entonces su inmensa faz estúpida, horriblemente descompuesta por la espantosa lividez del miedo, y viendo en su torno el desprecio que inspiraba á sus antiguos cortesanos, prontos á abandonarlo, pensó en huir.

Á la sola aparición del ejército libertador, el grupo de cariátides que sostenía el grotesco ídolo vaciló, y la esfinge de lodo vino á tierra.

Temblando y lloroso se refugió en brazos de la amistad, pidiéndole protección, y mientras el pue-

blo rugía amenazante afuera, él se arrastraba de rodillas buscando alguien que lo salvara en los salones ya desiertos de la *Casa Amarilla*.

Domingo Monagas y Julio Sarría se encargaron de embarcarlo por compasión.

Así cayó aquel pigmeo.

La historia no tiene noticia de tirano más pequeño, ni de caída más miserable.

Así desapareció de la escena este demente infeliz, este cerdo coronado, que siente en el poder la nostalgia de la pira.

Ante él se detiene la historia, vacilando entre la piedad y el anatema.

Al verlo tan fatal se siente la necesidad de maldecirlo, pero al verlo tan desgraciado, se siente el alma inclinada á perdonarlo.

Y, uno diría con un ático escritor: *ha sido demasiado fatal para ser olvidado, pero es demasiado impersonal para ser culpado.*

Así en esta eterna vaguedad, en esta falta de precisión de contornos que vela todo lo de él, no pudiendo colocarlo ni entre los hombres, ni entre los tiranos, dejémoslo vagar en el limbo del olvido, ya que la historia tiene un *infierno* para los perversos, pero no ha creado todavía un manicomio.